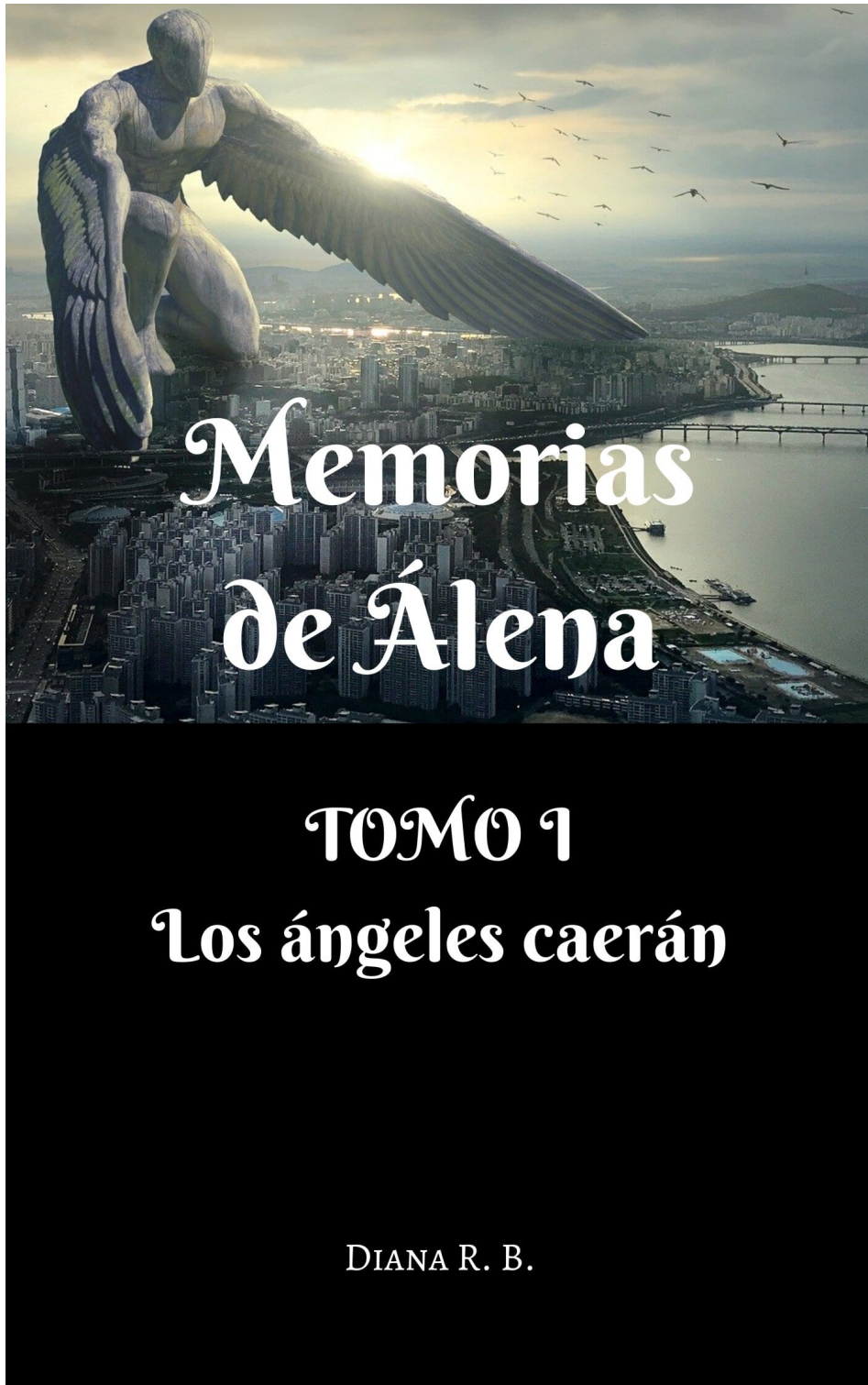


Memorias de Álena. Tomo I: Los Ángeles caerán.

Diana R. B.



Capítulo 1

I

Hacía ya un año que se había trasladado a vivir a Álena pero aún le costaba sentirse cómodo con las costumbres. Por orden del Consejo le habían obligado, al igual que al resto de futuros reyes-ángel del continente, a trasladarse a aquella imperiosa ciudad para formarse durante 7 años en la Gran Escuela Álena de la Autoridad; mediante este procedimiento, algún día él mismo llegaría a formar parte del Consejo de los Cien Invencibles y así, y sólo así, le sería permitido reinar con relativa libertad en su tierra natal. El tiempo de los Reinos Libres había tocado a su fin: ahora Álena gobernaba como capital de todo el continente y el sistema político impuesto por Alenator debía ser implantado en todos los territorios conocidos y respetado por todos. Siempre se decía a sí mismo que habían tenido suerte, aunque aquello no lograra aplacar su furiosa impaciencia: si en vez de Álena hubiese sido Rekarya la que hubiese ganado la guerra de conquista en el continente, habrían decapitado y desollado a todos los reyes-ángel y a sus descendientes en las plazas públicas y habrían instaurado un gobierno totalitario basado en el terror. Alenator, por el contrario, habiendo ganado de manera aplastante la Guerra de la Hera, optó por la benevolencia: las casas reales de los dos reinos conquistados mantendrían su poder y una relativa independencia administrativa siempre y cuando aceptaran ampararse bajo la autoridad de Álena e implantaran su singular sistema político en todos los territorios. Mediante ese pacto, que en ocasiones parecía frágil como el papel, el continente de los Mil Lagos, anteriormente dividido en tres Reinos Libres más el brumoso y casi mítico Reino de los Dragones, había pasado a convertirse en el Imperio de los Mil Lagos.

Y así Rafael, como hijo del Rey-Ángel de EleentyaTor, ahora difunto, se había visto obligado a viajar a esta nueva capital con el compromiso de aprender a ser el mejor Rey-Ángel que pudiera llegar a ser: sin embargo, a pesar de que admiraba profundamente a su Gran Maestro, a pesar de que valoraba positivamente las nuevas costumbres políticas que él mismo sería encargado de implantar en Eleentyator, no lograba acostumbrarse a la cultura de Álena: se sentía un extraño, un extranjero y deseaba furiosamente regresar a su tierra y ocupar el papel que le correspondía. Pero aún le quedaban siete largos años de instrucción.

A sus veintisiete años, apostado frente a los fuertes vientos de la Nedeá, desafiante, sentía todo su cuerpo que rabiaba por reinar. Su pecho amplio y poderoso, los músculos tensos de sus piernas, sus brazos titánicos, sus majestuosas alas negras, todo su formidable esqueleto de metro noventa era heredero de las tribus del mar y, a pesar de que 500 eras de religión

Isia habían refinado sus costumbres y dulcificado su carácter, la sangre de los antiguos guerreros seguía corriendo, arrogante, por sus venas. Aquella mañana, se había despertado sintiendo una ligera inquietud en el pecho que se fue agrandando a medida que se sucedían las horas. La estancia que le habían reservado, amplia, parcamente decorada, sin paredes exteriores y ocupando toda la planta del piso más elevado del bloque, le resultaba comfortable; gozaba de unas vistas sobrecogedoras de toda Álena, de aquella enigmática y perfumada ciudad en la que los barrios de casas blancas de una o dos plantas, propias de los seres humanos, con los majestuosos edificios oficiales y las torres de dependencias de los Ángeles, construidas como minaretes prolongándose hacia el cielo. En aquella ciudad se combinaban en un extraño equilibrio el mármol y el basalto con la paja y el barro, los aromas de las especias y las plantas medicinales con los perfumes de los Ángeles, y todo ello coronado por una cordillera de montañas verdes y frescas que la decoraban por el Norte; una ciudad ruidosa, cargada, a veces hasta la saturación, de muchedumbre, de vendedores ambulantes, de falsos profetas, de prostitutas callejeras, de habitantes de todos los rincones del continente que venían a la ciudad a ofrecer sus víveres, sus conjuros o sus encantos a un público febril, siempre deseoso de novedades; una ciudad llena de vida, al fin y al cabo, de una vida palpitante que le fascinaba aunque desde el recelo y a la que, en definitiva, no acababa de acostumbrarse.

Recordaba con nostalgia su Ellentya natal, su tranquilidad de claustro, la paz que le reportaba deambular por las calles y escuchar únicamente el sonido de sus propios pasos y el borboteo de las fuentes que poblaban cada esquina; la abundancia de silencio, la escasez de personas. En su ciudad de acogida todavía no se había sentido interesado en pasear entre las gentes, que se apelotonaban en las calles más concurridas; le resultaba exasperante la forma de hablar de los alanos, cuyos gritos parecían superponerse exponencialmente unos sobre otros; le resultaba invasivo su escaso respeto por el espacio personal, su tendencia a apretujarse unos con otros, a abrazarse y besarse varias veces en el transcurso de una conversación, su adoración por los entornos bulliciosos y abarrotados, por los saludos efusivos. Dada su preferencia natural por la tranquilidad y el recogimiento, Rafael había cogido la costumbre de sobrevolar la ciudad algunas noches que no conseguía conciliar el sueño por el rumor inagotable y profundo que emanaba de las calles hasta sus oídos; en aquellas noches, gozaba de volar amparado en la oscuridad y observar a aquellos humanos ruidosos que se entregaban al placer de los sentidos tras sus largas jornadas de trabajo; le reconfortaba la sensación de distanciamiento, incluso de desprecio aunque no carente de cierta indulgencia, que sentía por aquellas criaturas; después, regresaba a su estancia exhausto, preguntándose si alguna vez se acostumbraría al modo de vida alano o persistiría durante los cuatro próximos años aquella

añoranza que sentía por su Reino.

Aquella mañana, a pesar de que se había dedicado durante dos horas a sus ejercicios de Rademir-Koor, no había conseguido templar su Espíritu ni aplacar el martilleo de sus pulsaciones. Además de la sensación de extrañeza que sentía en aquella ciudad, tampoco se encontraba demasiado a gusto con haber regresado a su antiguo estatus de pupilo. Hacía varios años que había traspasado la frontera de la madurez, había recorrido estoicamente y con honores la dura fase de su educación en la Escuela Isia, se había ganado el respeto y la admiración de sus exigentes superiores y había conquistado por sus propios méritos la categoría de futuro Rey-Ángel; y sin embargo ahora, se veía obligado a comenzar de cero, a sentarse de nuevo a escuchar y obedecer diligentemente las indicaciones y enseñanzas de un maestro. Aquella situación en ocasiones le hacía hervir la sangre, pero en cuanto esto sucedía su profundo sentido de la justicia, que emanaba como el más puro de sus preceptos morales, venía a recriminarle por su arrogancia.

A pesar de haber sido durante años un firme detractor de la idea del imperialismo y de haber defendido siempre la independencia de los Reinos Libres, observando los acontecimientos desde el prisma de su madurez actual, no podía menos que admitir que Álena, a pesar de todos sus defectos y sus extravagantes costumbres, había logrado implantar una forma de gobierno que merecía la pena imitar. Y él, ante todo, aspiraba a ser un buen Rey. Por suerte, a pesar de que formalmente no sólo estaba en Álena en condición de pupilo sino también de vasallo, el aplomo de su personalidad y su negativa a conducirse como un inferior, le habían permitido desarrollar con sus maestros una relación de camaradería en la que se sentía relativamente cómodo; de esta forma, aprender no se convertía en un acto de servilismo sino de nobleza. Su Gran Maestro, Reaker, que parecía conocer las inquietudes de su alma más que él mismo, le instaba siempre a moderar sus sentimientos y le enseñaba gradualmente los ejercicios necesarios para concentrar y controlar el Espíritu, para en un futuro lograr hacerlo circular de manera armónica por todo su cuerpo. Esa era una de las enseñanzas básicas que debía aprender un futuro Rey-Ángel en su primer año de instrucción. Ese era el primer pilar sobre el que se erigía todo el sistema político que Álena quería implantar en el continente de los Mil Lagos: si los Reyes-Ángel no eran capaces de controlar su Espíritu, si no eran capaces de obtener un dominio sobre él, de manejarlo de manera consciente y sublimarlo, se convertían en simples asesinos sangrientos que mantenían a su pueblo sumido en el más absoluto terror. Los esfuerzos que la religión Isia, que era la columna vertebral moral de toda Ellentya, había hecho para domesticar el Espíritu de los ángeles, evidentemente no habían dado resultado; si bien los ángeles ellentyanos no desarrollaron nunca el salvajismo como los de Recarya, se veían sin embargo afectados por una

extraña enfermedad, la Septenia, que se extendía por su sangre como un virus vascular.

Prácticamente todos los reyes y reinas ángel sufrían esta enfermedad, en algún momento entre sus sesenta y ochenta años; no existía cura conocida y el desenlace final tras siete días de horror era invariablemente la muerte. Esta enfermedad, por sí sola, había sido la razón definitoria del inestable sistema político de Ellentya desde su constitución hacía 500 heras: los gobiernos eran demasiado cortos como para desarrollar políticas de continuidad y, por otra parte, al quedarse siempre vacío el sillón del reino, proliferaban por doquier las conspiraciones y las intrigas. Aquella situación era inaceptable: las cosechas se pudrían en los campos, el comercio no evolucionaba, ni las artes, ni las ciencias, los humanos pasaban hambre y penurias sólo porque unos ángeles demasiado vanidosos se dejaban la vida y la astucia conspirando unos contra otros para ocupar el sillón real durante unos pocos años. Algo había que aprender de Álena si había sido capaz de construir aquel floreciente y bullicioso reino, si sus reyes y reinas habían sido capaces de mantener relativamente estable la gobernanza y, por último, si ninguno de ellos había sido nunca poseído por la Septenia.

Como ejemplo contrario, el a su juicio mal llamado "Reino" de Recarya –mal llamado porque no se puede llamar reinar a lo que sólo es descuartizar– había imperado durante aquellas 500 eras, esclavizando y aterrorizando a su población humana. Aquellos seres, los Tánatos, a juicio de Rafael estaban más cerca de los animales salvajes y de los sangrientos dragones de los que descendían que de la raza de los Ángeles; nada había en ellos, salvo el evidente parecido en su constitución física, que le hiciera considerarlos de su propia especie ni tampoco sus iguales: la prueba era que aún seguían alimentándose de carne humana. El territorio de los Tánatos era el territorio del horror; tal era el miedo de aquellos pobres súbditos que muchos emprendían una peligrosa peregrinación nocturna, sorteando a la Guardia Dorada, con la intención de cruzar los muros de Pleamar y alcanzar las tierras de Eleentyator. Los había visto llegar a miles en las épocas en que el poder despótico de los Tánatos alcanzaba sus más altos grados de crueldad. Los había visto llegar desarrapados, muertos de hambre, muchos de ellos horriblemente mutilados, las mujeres con sus hijos colgando tratando de succionar algún alimento de sus pechos resecos, y todos ellos con aquella mirada de desesperación, de desaliento. Aquellos ojos habían poblado durante años las pesadillas de un Rafael niño aún, y en el calor de aquel horror se fraguó el juramento de no ceder jamás a la virulencia de su Espíritu y de no permitirse jamás el uso abusivo del poder que por naturaleza le había sido concedido. El poder, como bien había mamado de su cultura Isia, era un arma de doble filo, que contenía en su seno la potencialidad para el bien pero también para el mal: y el camino del mal, lo sabía muy bien, en ocasiones podía

seducirte con una fuerza casi irresistible.

Lo que más sublevaba el alma de aquel Rafael niño era la pasividad de las leyes. Aquellos súbditos de Recarya, que vivían escondidos en grutas y cuevas como las cucarachas, obligados a caminar mirando hacia el cielo cada vez que se aventuraban a salir de sus escondrijos subterráneos por miedo a ser devorados o, en el caso de las mujeres, de ser preñadas, llegaban por miles a los pies de la puerta de entrada de Ellentya y había que obligarlos a regresar. Las familias lloraban y suplicaban, ofrecían sus escuálidos cuerpos e incluso los de sus hijos asustados para el disfrute carnal de la Realeza y la Guardia Real, con tal de que no los llevaran de vuelta a allí. Pero la ley en aquel entonces era firme e inquebrantable en ese punto: todos los súbditos y esclavos eran propiedad de un reino y éste gobernaba con absoluta independencia sobre ellos: según la Declaración del Respeto Mutuo, ningún reino vecino podía inmiscuirse en los asuntos internos de otro o se exponía a entrar en guerra con la Coalición Guardianas de las Independencias (de la que formaban parte todos los Reinos) y podría perder así su gobierno autónomo. Así que debían enviar a todos aquellos seres aterrados de vuelta a casa. No, jamás se permitiría a sí mismo convertirse en algo parecido a los Tánatos, pero cuanto más iba creciendo y con ello su poder, más se daba cuenta de que controlar aquellos impulsos no era tan sencillo.

“El poder absoluto es algo que nos pertenece como raza”-le decía su maestro- “pero si no somos capaces de controlarlo deja de pertenecernos, evoluciona en algo más grande que nosotros y nos convierte en sus esclavos”. “Nunca te conviertas en un esclavo de tu propio poder”. Cada vez que se sentía demasiado ansioso e impaciente, recordaba esas palabras de su maestro. Era necesario completar aquella instrucción, llegar a conocer profundamente los 4 misterios para convertirse en un gobernante ecuánime, merecedor de su título. “El título de Rey-Ángel no es algo con lo que se nace, ni algo que se conquista, debes ganártelo día a día siendo impecable en cada decisión”. La voz de su tía Fresia, severa pero tersa a un tiempo, resonaba ahora desde algún remoto rincón de su memoria. “¿Y en qué consiste ser impecable, tía Fresia?” -se recordaba a sí mismo preguntando, a un Rafael niño que aún tropezaba con sus alas con todas las esquinas-. “La impecabilidad consiste en ser severo cuando hace falta serlo y ser benevolente cuando hace falta serlo; pero la verdadera sabiduría está en aprender a distinguir la diferencia.” En aquella simple frase se resumía, aunque simplificado, el enorme reto de gobernar.

Capítulo 2

II

Había recibido el mensaje de su maestro aquella misma tarde, instándole a presentarse en sus dependencias cuando le fuera posible, así que en ese instante se encontraba dentro del ascensor que le llevaría hasta el piso 37 de su maestro, rumiando sus pensamientos. Por supuesto, las dependencias de los ángeles alanos, dada su natural aversión por el concepto de la intimidad, carecían en absoluto de paredes exteriores y podría haber accedido fácilmente hasta el piso de Reaker simplemente volando. De hecho, el ascensor era demasiado pequeño para abarcar el tamaño de su portentoso esqueleto y de sus majestuosas alas, que se aplastaban contra las paredes de cuarzo; no en vano, aquel ascensor se había construido únicamente para el personal del servicio, que estaba constituido únicamente por seres humanos. Aquella era una de las primeras costumbres de Álena que le había sorprendido y a la vez horrorizado: la falta absoluta de respeto por la intimidad, tanto la propia como la ajena. Ninguna de las dependencias de ningún miembro del Consejo poseía algo parecido a una cerradura o a un timbre. En Álena, ninguna actividad se consideraba privada o vergonzante, de forma que uno podía penetrar sin avisar en cualquier estancia y a cualquier hora aún sin haber sido previamente invitado. Por eso Rafael guardaba aquella precaución, a pesar de ser el hazmerreír de toda la Corte: si su anfitrión escuchaba el sonido del ascensor, puede que se preparara para recibirle, y eso le ahorraría encontrarse con escenas que no deseaba en absoluto ver.

En aquel momento, las puertas se abrieron y Gabriel comenzó a saludar solemnemente inclinando la cabeza, tal como era la costumbre:

-Gran Mae... esto... perdón.- Bajó los ojos con pudor ante la escena que acababa de vislumbrar, que le recorrió el cuerpo como un latigazo de asco.

-Tranquilo, Gabriel... Pasa... Terminaré... enseguida. -Se notaba que al Gran Maestro Reaker le había costado emitir aquellas moderadas palabras porque había tenido que reprimir algunos gemidos.

Una chica joven y menuda, con el pelo largo hasta las caderas, cobrizo y rizado, desplegaba su lengua en torno a su pene. Gabriel no podía acostumbrarse a eso y sabía que nunca lo haría. En Álena el sexo, al igual que todo lo demás, no era una actividad privada y, a juicio de Gabriel, era algo completamente depravado. No era extraño penetrar en cualquier estancia y encontrar al anfitrión abandonado a cualquier perversión

lujuriosa y, cuando ocurría, no se consideraba ninguna sorpresa ni algo de lo que avergonzarse. Los alanos, simplemente, se limitaban a hacer lo que Reaker acababa de hacer: instar a su invitado a esperar y sin ningún asomo de decencia, seguían con su actividad impúdicamente hasta que estallaban. Apartar la vista, como hacía Gabriel cada vez que se encontraba en aquella circunstancia, se consideraba un gesto de vil mojigatería, de haber recibido una educación represiva y antinatural, pero lo que pensarán de él a Gabriel no le importaba en absoluto. Aquella costumbre le resultaba detestable y sólo en aquellos momentos se permitía sentir un genuino desprecio por su maestro al que, en todo lo demás, admiraba profundamente.

En su tierra natal, la unión entre un hombre y una mujer no sólo era algo privado sino una actividad que gozaba de una cierta mala reputación: los niños se mantenían célibes hasta que se unían en la Sagrada Fusión e incluso entonces mantenían estancias separadas y sólo se encontraban sexualmente con el fin de engendrar hijos. Uno de sus antepasados, el Rey-Angel Taimyr, el fundador del Tor libre de Eleentya en la época de la unificación del Reino de Ellentya, había llevado con él los fundamentos de la religión Isia. En aquellos tiempos reinaba la lujuria, la sangre, el desenfreno y la guerra, y su antepasado consideró que la mejor forma de concentrar el Espíritu era educando a los niños desde pequeños en el celibato y canalizando las energías residuales en el ejercicio. "El alma sólo puede alcanzar la pureza a través de la pureza del cuerpo". Aquel era uno de los principales mandamientos. El Espíritu sólo se podía controlar si se reprimían los impulsos violentos del cuerpo, y el sexo, indudablemente, era una forma brutal de violencia. Era de aquel mandamiento, que terminaba por modelar todo su cuerpo y sus comportamientos, de donde los ellentyanos aprendían aquella forma grácil de caminar, la modulación suave y serena de su voz, la armonía de sus gestos. En los 3 reinos se decía que los ángeles eleentyanos eran los más elegantes y los más hermosos, también poseían los cuerpos mejor formados, pero ningún hombre ni mujer extranjero pudo presumir nunca de haber gozado de ellos como amantes. Sin embargo, aquel mandamiento, a pesar de que estaba grabado a fuego en su alma, había sido uno de los principales asuntos de discusión con su tía Fresia, una de las mayores sacerdotisas Guardianas de los Elementos y ahora regente en Ellentya. Su tía profesaba un sincero desprecio por los alanos, sus costumbres y su política: los consideraba lujuriosos, perezosos, autoindulgentes, entregados al placer del cuerpo y no de la esencia, superficiales, en definitiva, detestables. Su cultura invitaba al despliegue más impúdico de todos los placeres sensuales y a la expresión enérgica del carácter; sin embargo, estaba más que probado que eran el pueblo que mejor había sido capaz de controlar el Espíritu y aquello era la forma más sublime de divinidad. Si, a pesar de su lujuria, habían conseguido controlar el Espíritu con tal dominio, ese control debía provenir de otra parte, debía responder a otra clase de fuerza o de energía que él deseaba sobre todas las cosas descubrir y manejar. Pero en aquel momento, a pesar de que racionalmente quería

mostrarse respetuoso con las costumbres sexuales de los alanos, no pudo evitar una mueca de desagrado.

La chica, que al poco tiempo se dio cuenta de que era humana, rodeaba el miembro del maestro con sus carnosos labios. Y Rafael, a pesar de la impresión inicial, no pudo evitar levantar de nuevo la mirada, aunque tímidamente, al sentir el calor de los ojos de la chica sobre su cuerpo. Llevaba un vestido de gasa plateado muy ceñido al cuerpo pero uno de sus tirantes había descendido para dejar libre un pecho. Mientras su maestro gemía de placer y le sujetaba con una mano la barbilla, ella recorría su miembro con los labios dejando a su paso un reguero húmedo. Sus pulseras de oro, que decoraban ambos brazos, tintineaban suavemente con el movimiento. El pene de los ángeles es considerablemente más grande que el de un humano y la pequeña boquita de aquella chica a veces parecía incapaz de abarcarlo, sin embargo, su lengua se movía sabiamente, describía círculos en las zonas más sensibles, succionaba, lamía y cuando notaba que su amante estaba a punto de estallar, volvía a introducirlo en su boca hasta el final de su garganta para retrasar el momento. Mientras lo hacía, miraba lascivamente a Rafael: parecía, sin el menor atisbo de vergüenza, querer excitarlo, convertirle en espectador o incluso hacerle participar, lo que en un principio le hizo enfadar. Aquella era otra de las costumbres incomprensibles de Álena: si descubrías a alguien practicando sexo, no sólo estaba bien visto, si no que se consideraba de buen gusto, unirse a ellos; incomprensible y asqueroso. Sin embargo, algo le sorprendió de la mirada de la chica, algo que se apreciaba más allá de la lujuria y que hizo que Rafael quedara prendido unos instantes más: al contrario de lo cabía esperar, su mirada no transmitía malicia sino más bien algo parecido a la bondad. Rafael quedó absorto en el magnetismo de sus ojos grises, observando el juego de su lengua y de sus labios húmedos que jugaban con el glándulo, hasta que se le encogió el estómago, pero de pronto sintió una punzada de asco culpable al darse cuenta del calor que había comenzado a inflamarse en su cuerpo. Así que desvió la mirada y se puso a observar los libros que había en una estantería. Si contaba hasta diez, la sensación desaparecería. "Uno, dos, tres, cuatro...". Antes de llegar al cinco escuchó cómo su maestro estallaba en un ruidoso orgasmo y cinco segundos después supuso que ya podía mirar.

La chica se encontraba abrazada por los fuertes brazos de Raeker, sonriente, dulce y sedosa como una niña, mientras el maestro le cubría la cara de besos. Se restregaba por el cuello y el pecho los últimos rastros del semen brillante del maestro, un rastro de dorada purpurina que la acompañaría hasta el momento de ducharse. Las humanas alanas consideraban un signo de estatus el pasearse por la ciudad con el semen angelical de su amante pegado a la piel, decorando las partes visibles de su anatomía. Antes de retirarse, Raeker le susurró un tierno "nos vemos mañana", se besaron por última vez y comenzó a deslizarse hacia la puerta. Tenía un cuerpo pequeño pero rotundo, carnoso y sólido a la vez.

Era hermosa, y su mirada, pudo comprobar, destilaba en aquel momento una serena sensación de plenitud, de pureza. Rafael no pudo evitar volver a quedarse prendado durante un segundo demasiado largo en aquellos ojos grises veteados de verde selvático; tan largo, que incluso el maestro se dio cuenta.

-La sensación que te ha causado...-el maestro se percató de que Rafael se encontraba ensimismado-, ¿me estás escuchando, Rafael? -Reaker tronó severo aunque divertido.

-Sí, disculpe maestro Reaker.- Rafael agachó la cabeza en gesto de aceptación solemne de la culpa y encaminó sus pasos hacia su maestro que en aquel momento se estaba cubriendo con una enorme túnica negra y sirviéndose una copa de vino.

-Como iba diciendo, esa sensación que te ha causado, esa atracción que sé que has sentido, no debes preocuparte, es la reacción normal.

-¿A qué se refiere exactamente con normal?

-Pues que es la reacción normal, sobre todo las primeras veces que uno se encuentra en presencia de una sabina.

-¿Es una Sabina? Lo cierto es que he escuchado historias sobre ellas, pero tenía mis dudas de que no fueran más que parte de los mitos y leyendas del continente.

-No son un mito, hijo. Como has podido comprobar, son criaturas muy reales, además de ser un eslabón importante de nuestra historia y de nuestro sistema, aunque no sé si voy a ser capaz de darte una explicación que le resulte verosímil a tu siempre cuestionadora cabeza.

-Maestro Reaker, tal como han ido los acontecimientos, a estas alturas creo que estoy preparado para escuchar cualquier cosa.- dijo Rafael con resignación pero a la vez con la firmeza del que se prepara para encarar un golpe.

-Ven, hijo mío; siéntate aquí. Te voy a contar una historia.